Cuadernos del Concilio 9

JUBILEO 2025

PEREGRINOS DE ESPERANZA

El misterio eucarístico (SC 47-58)

CEM
Conferencia del Episcopado Mexicano

Editorial NUN

Cuadernos del Concilio

9

Cuadernos del Concilio

El misterio eucarístico (SC 47-58)

Flavia Maria Sieni

CEM
Conferencia del Episcopado Mexicano

Editorial NUN

Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.
Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.
D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo
Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación
Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

Cuadernos del Concilio 9
El misterio eucarístico
(SC 47-58)
Autor: Flavia Maria Sieni

Primera edición (castellana) 2023

Editorial NUN
Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,
C. P. 14000, Ciudad de México
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.
Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).
Impreso en México.

ÍNDICE

Introducción 9

Capítulo 1: Lenguaje 13

Malentendidos 15
Celebración 16
Misterio 17

Capítulo 2: Buenos y malos 19

Competencia 20
Don 21

Capítulo 3: Hambre 23

Deseos 24
Banquete 26

Capítulo 4: Semilla 29

Tejido 31
Tierra 32

Capítulo 5: Traición 35

Transformación 36
Jesús 37

Capítulo 6: tatuajes 39

Para siempre 40
Permanecer 42

Capítulo 7: Pan 45

Fragilidad 46
Comunión 47

Capítulo 8: Fisión nuclear 49

Energía 50
Misión 51

Conclusión 53

***Sacrosantum concilim* 47-58** 57

El sacrosanto misterio de la eucaristía 57
Misterio pascual 57
Participación activa de los fieles 57
Revisión del ordinario de la misa 58
Mayor riqueza bíblica en el misal 58
Se recomienda la homilía 58
«Oración de los fieles» 59
Lengua vernácula y latín 59
Comunión bajo ambas especies 59
Unidad de la misa 60
Concelebración 60

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El domingo, regalo de Dios a su pueblo (SC 102-106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. Maria, la primera creyente (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)

INTRODUCCIÓN

«Tú sabes, los ritos son necesarios. —¿Qué es un rito? —inquirió el principito. —Eso también es algo casi olvidado —dijo el zorro—. Es lo que hace que un día sea diferente a otro día y que una hora sea diferente a otra»
(Antoine de Saint-Exupery, El Principito)

El zorro tiene razón: los ritos, lejos de ser hábitos conformadores que roban la personalidad individual homologándola a la masa, con el paso del tiempo sucesivo y rítmico, hacen habitable el tiempo, así como la casa y los objetos hacen habitable el espacio (cf. Byung-Chul Han, *La desaparición de los rituales*) nos enseñan una pertenencia vital arrancándonos del aislamiento mortal.

El término *rito* indica un conjunto de normas que describen la forma en que debe llevarse a cabo una ceremonia, una costumbre o un culto religioso. En sentido analógico, podemos decir que el rito marca el ritmo, da tiempo y respiración a esa sucesión de eventos especialmente simbólicos que caracterizan una celebración colectiva, compartida y participativa.

Este pequeño libro que tienes entre manos quiere hablarte de un rito, o más bien, de un conjunto de ritos que vivimos en el «misterio eucarístico» o, si preferimos usar un término más simple y quizás más familiar para ti, en la misa.

Según las intenciones de los editores de esta colección, el intento que se ha llevado a cabo es reinterpretar los grandes textos de las constituciones del Concilio Vaticano II involucrando, en particular, a las jóvenes generaciones.

Quien escribe es una monja agustina de vida contemplativa que vive en la comunidad del monasterio de los Cuatro Santos Coronados, en Roma.

Imagino que tu interés por la lectura ha disminuido poco a poco: ¿qué puede tener que ver una monja de clausura que habla de la misa, con tu experiencia como joven que, —presumimos, si tienes este texto en tus manos— te estás cuestionando acerca de tu vida de Fe y quizás también tu vocación?

Las páginas que leerás no quieren enseñarte una teoría sobre el misterio eucarístico, ni serán una introducción a modo de curso de teología litúrgica, sino que pretenden guiarte en un recorrido que intenta ofrecer algunas provocaciones capaces —esperamos— de mostrarte que la misa o la celebración eucarística, toca las cuerdas más íntimas del corazón y nutre profundamente la vida.

Es cierto que a veces participar en la eucaristía puede ser una experiencia aburrida, el lenguaje que se habla allí no es de fácil comprensión, el tiempo pasa lentamente y las palabras parecen resonar como distantes de los problemas y cuestiones concretas de nuestra existencia. Sin embargo, profundizando en el texto y ofreciendo simplemente un poco de confianza a lo que está sucediendo, es posible sentir y experimentar —a través de la eucaristía— la fuerza y eficacia de la vida de Jesús.

El camino que te propongo está marcado por ocho capítulos que quieren, de alguna manera, llevarte dentro de los momentos principales del desarrollo de la celebración; puedes leerlos comenzando por lo que te parezca más interesante o curioso. Son reflexiones breves para dejarte tiempo para profundizar, tal vez dejándote acompañar por un sacerdote, una consagrada o una persona de Fe que pueda ayudarte. Al hojear los títulos y quizás las páginas, algunos temas te parecerán que no pueden tener nada que ver con la eucaristía; precisamente ese es el desafío que quiero asumir contigo: mostrar que el misterio eucarístico no se refiere a otro plano que no sea el de la vida.

Muchos imaginan que ir a misa es como un paréntesis «espiritual» en medio de la vida cotidiana. En cambio, desde que el Verbo se hizo carne y nos lo dio

a conocer, sabemos que la vida del Espíritu fluye en la vida de las mujeres y los hombres continuamente, sin fracturas. Nosotros, que siempre vamos muy rápido, corremos el riesgo de quedarnos en la superficie de las cosas; necesitamos un tiempo para detenernos, descansar juntos, acercarnos también la lentitud de la vida, la fecundidad y el crecimiento. Necesitamos regalarnos el tiempo de las relaciones importantes, la amistad, el amor y el perdón.

Confío al Señor el tiempo precioso que ofrecerás a estas páginas simples, seguro de que Él lo utilizará, junto contigo, para darte lo que necesitas.

CAPÍTULO 1

LENGUAJE

He perdido las palabras,
Aunque las tenía aquí hace un momento.
Debía decir cosas,
Cosas que sabes
Que te debía,
Que te deberé.
He perdido las palabras.
Quizá solo haya perdido mis mentiras,
Se ocultaron bien,
Pero tal vez,
Simplemente,
No eran mías.
(L. Ligabue, Canción «Ho perso le parole», 1998)

«Como asistir a la proyección de una película en un idioma extranjero incomprensible y sin subtítulos, además sin asientos cómodos, sino en incómodos bancos de madera... y en la sala solo hay adultos desinteresados» estas son las consideraciones que una joven quiso compartir con mucha franqueza después de haber participado, por decirlo de alguna manera, bajo coacción de sus padres, en la misa de la Primera Comunión de un primo más pequeño.

Los jóvenes participantes en la reunión pre-sinodal, de marzo de 2018, escriben en el documento final: «Se puede asistir, participar e irse de la misa sin experimentar un sentido de comunidad o familia como Cuerpo de Cristo» (Sínodo de los obispos, Reunión pre-sinodal, 19 de 24 de marzo de 2018, 7) y en la exhortación apostólica post-sinodal *Christus vivit* el

papa Francisco observa: «en diversos contextos los jóvenes católicos piden propuestas de oración y momentos sacramentales que incluyan su vida cotidiana en una liturgia fresca, auténtica y alegre» (224).

Pero el problema no concierne solo a los jóvenes: ya hace algunos años, causó sensación y cierto alboroto el cartel colocado por un párroco en la iglesia de San Erasmo, en una de las pequeñas islas de la laguna de Venecia: «La misa se suspende por falta de fieles». Según el Instituto Nacional de Estadística, en Italia solo el 13.3% de los jóvenes de 20 a 24 años declara asistir a misa al menos una vez a la semana, frente al 33.3% que declara no ir nunca; esta información se recopiló antes de la pandemia de Covid-19 y es fácil imaginar que la tendencia, incluso en las encuestas posteriores, apunte hacia una mayor no-participación.

Quien escribe el presente texto no está interesada en los números y las estadísticas, considerando que toda la aventura de la Iglesia comenzó con doce personas no calificadas, no muy jóvenes, simplemente por la llamada de amistad del Señor Jesús. Además, los datos son como una fotografía borrosa, deben ser redefinidos, complementados, interpretados y comprendidos dentro de un entorno multidimensional en el que solo dos de las coordenadas se refieren a las dimensiones del tiempo y el espacio, y hay muchas otras variables a considerar; leídos de manera no contextualizada, los datos ofrecen solo algunas indicaciones, quizás no son triviales, pero ciertamente no son exhaustivas.

Mientras la curva estadística evoluciona, muchos de los términos utilizados por la liturgia y que forman parte de la Tradición —como misterio, misa, Salvador, sacrificio, eucaristía, cruz, Iglesia, memorial, resurrección, sacramento, signo, vínculo, banquete, gracia, gloria... (cf. Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, 47)— ya no son claros. En el mejor de los casos, se perciben como insignificantes y fuera de uso del vocabulario común y —sobre todo— juvenil; en el peor de los casos, se vuelven ambiguos, alejándose radicalmente del significado original y originario. A veces son tratados como absolutos o únicamente como instrumentos.

En cualquier caso, no se trata solo de palabras y la cuestión no concierne solo a las nuevas generaciones: lo que parece haberse vuelto incomprensible es el conjunto del lenguaje litúrgico, esencialmente simbólico, cuya sintaxis está compuesta por una gramática compleja vinculada al lugar en que se celebra, al vestuario de quienes participan, a los gestos que se realizan y a los muebles, objetos y fragancias, que pretenden contextualizar y enriquecer nuestras celebraciones: «Haber perdido la capacidad de comprender el valor simbólico del cuerpo y de toda criatura hace que el lenguaje simbólico de la Liturgia sea casi inaccesible para el hombre moderno» (Francisco, *Desiderio desideravi*, 44).

Malentendidos

«Si vas a misa un domingo», escribió recientemente el padre Timothy Radcliffe, dominico y exmaestro de la Orden de Predicadores, «verás cosas extrañas, diferentes de las costumbres de la sociedad laica. Encontrarás personas que desfilan con ropas extrañas, quizás incluso alguien con un sombrero puntiagudo y gracioso. Los pantalones serán la excepción, incluso para los hombres. Te llamarán la atención ciertos gestos extraños de los presentes: reverencias y genuflexiones, incluso prosternaciones. Las inusuales coreografías de la liturgia fascinan a muchos cautivados por la vista de un grupo que se extasía cuando un cardenal no puede resistir la tentación de llevar una capa magna» (Timothy Radcliffe, *Accendere l'immaginazione. Essere vivi in Dio*, 406).

En honor a la verdad, estas consideraciones, aparentemente un poco punzantes e irónicas, son la introducción a un capítulo extenso y profundo que este autor escribe sobre la liturgia y sus significados. En este momento nos ayudan a reavivar, como en la intención de nuestra serie, la curiosidad y el interés en lo que el Concilio Ecuménico Vaticano II, en la constitución de 1963 *Sacrosanctum Concilium* (SC), amaba definir como la «cumbre y fuente de la vida eclesial» (SC 10): la celebración del misterio eucarístico.

Es interesante investigar, procediendo por asociación de ideas, el conocimiento actual de los significados de palabras que nosotros en la Iglesia, damos por sentados. Preguntar hoy a jóvenes y no tan jóvenes, creyentes y no creyentes, lo que entienden por *misterio eucarístico*, qué imágenes y qué emociones se encienden en sus mentes y asumir como sinceras las respuestas más variadas, puede convertirse en un excelente ejercicio de realidad.

En este juego, quizás el nombre más asociado a la palabra *misterio* podría ser Harry Potter y la emoción más común pintada en la gama de tonalidades variables entre la curiosidad y el temor. Las respuestas podrían atravesar mitos y leyendas, evocar escenarios fantásticos y aventureros como en el ciclo de leyendas medievales de la búsqueda del Santo Grial.

Celebración

Para seguir hablando de la misa en términos de *misterio* o *celebración eucarísticos* —que, en sí misma, es la forma más hermosa de oración que vive la Iglesia— será útil y necesario rehabilitar sus lenguajes para que sean comprendidos y practicados por todos. Un lenguaje que ya no se entiende es un lenguaje en agonía: si deja de ser practicado, muere, mientras que aún están vivos aquellos que escuchan, hablan, desean entender y permanecen, para nosotros, los destinatarios del lenguaje de la celebración. Por lo tanto, se trata de devolverle significado a las palabras o, mejor dicho, de recordar su significado, de restaurarlo: *recordar*, dar-de-nuevo-al-corazón, el sentido de lo que vivimos, conscientes de que los significados evolucionan y crecen junto con quienes los comprenden y los transmiten.

Así, *celebrar* —según cualquier diccionario— significa «alabar», «enaltecer», «glorificar» a una persona o cosa, «celebrar» con ceremonias. Siempre se refiere a actos que tienen un carácter solemne. También la eucaristía es una palabra que tiene su origen en el griego y significa propiamente «reconocimiento, acción de gracias».

Celebrar la eucaristía es celebrar una acción de gracias, una ocasión alegre para dar gracias de manera solemne. Es lo que hizo Jesús en su última cena con los discípulos: "Porque yo recibí del Señor lo que también les he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo que entrego por ustedes. ¡Hagan esto en memoria mía! Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Cada vez que la beban, ¡háganlo en memoria mía!» (1 Cor 11, 23-25).

Misterio

La palabra *misterio* es más compleja. En el lenguaje común, su significado se refiere a lo que permanece parcialmente cerrado a la comprensión o a las posibilidades normales e intuitivas del intelecto humano y provoca una reacción de incertidumbre no necesariamente ansiosa y a veces no carente de encanto.

En el lenguaje de la fe —que nace del lenguaje común— *misterio* se refiere a una verdad que, aunque no puede ser totalmente explicada ni completamente comprendida, es al mismo tiempo una realidad en la que se puede entrar, explorar y participar: el Misterio puede ser habitado.

Me vienen a la mente los dibujos que mis sobrinos me regalaban cuando eran niños: misteriosas mezclas de colores, palabras escritas al revés, títulos improbables... Sin embargo, esos dibujos dejaban ver todo acerca de ellos: su forma de ver la realidad, su pasión, sus emociones y su amor por mí. Recibidos y guardados como tesoros, elogiados y aplaudidos como maravillosas expresiones de un afecto profundo, esas pequeñas obras maestras nunca serán exhibidas en un museo de arte (aunque, ciertamente, todas en realidad lo merecerían). Contienen no solo el misterio inexplicable de la vida de quienes los pintaron, sino también la relación misma que se manifiesta al ser regalados. En esas hojas de papel, no solo se expresa el regalo y el donante,

sino también la preciosidad de quien lo recibe y esta interconexión es lo que los hace importantes.

Entonces, el *misterio* eucarístico —refiriéndose a la eucaristía, como el Cuerpo y la Sangre del Señor y a la celebración de la misa—, se presenta como una puerta que nos permite, en la fe, adentrarnos en los gestos de Jesús, en su oración, en sus sentimientos; nos permite habitar la vida de Dios, la comunión de la Trinidad; nos permite participar *misteriosamente* en su regalo, simplemente acogiéndolo de sus manos, sin poder reducirlo a algo menos de lo que es: Jesús mismo.

CAPÍTULO 2

BUENOS Y MALOS

He probado a vivir contigo
Y he descubierto que es perfecto.
Si te miro a los ojos
Sin fingir nada
Sin cambiar nada,
Así estoy ahora aquí,
Pero tú sabes que no es un regreso,
Porque siempre somos nosotros
El primer día cada vez.
(M. Mengoni, Canción «Onde», 2017)

Durante el recreo de la tarde, en la comunidad solemos jugar —especialmente en invierno—. El juego, como se sabe, revela gran parte de nuestra forma de ser y de participar en la vida. Una noche, jugando al famoso *nombres, cosas, ciudades*..., una joven que acababa de ingresar al monasterio estaba sentada junto a una hermana un poco mayor. En cada turno, la postulante anotaba cuidadosamente en el margen del papel los puntos acumulados, mientras que, quizás perezosamente, la monja más anciana prescindía de ello. Esto debió molestar a la joven, así que le preguntó: «¿Pero tú no llevas la cuenta de los puntos?». Y ella, la monja anciana, con una simplicidad impresionante, le respondió: «¡Yo ya he ganado todo!». Evidentemente, la anciana no se refería al pasatiempo en curso, sino a la vida; y esa reflexión resulta interesante para nosotros.

Competencia

Desde los inicios de su narración, la Sagrada Escritura destaca una característica que parece estar arraigada profundamente en las cuerdas del alma humana: desde Adán y Eva, que contendieron con Dios, hasta Caín y Abel, que protagonizaron la primera lucha entre hermanos, nosotros también hoy estamos impulsados por la competencia y la rivalidad, convencidos de que nada se nos dará gratuitamente. A menudo pensamos que todo debe ser merecido y conquistado a expensas de los demás.

Al estar constantemente bajo juicio, siendo evaluados continuamente, no es difícil crecer bajo la sombra de la competencia en el sentido más negativo de la palabra. El cuerpo, el estilo de vida, las relaciones, la forma de vestir... todo en nosotros está sujeto a un juicio implacable, a menudo sumario e injusto, del cual resulta difícil escapar.

De esta manera, nos cuesta creer que la vida también nos puede entregar regalos, cosas que no debemos ganarnos y de las cuales podemos disfrutar, que no hemos ganado como premio en una competición, que no hemos pagado, tal vez lo hizo alguien que nos precedió; sin embargo, estas cosas pueblan y enriquecen nuestra existencia.

Estar obligados a competir siempre tiene un costo muy alto, pagado sobre todo por aquellos que no saben que son amados, que no se sienten amados por nadie. Induce a creer que la propia vida solo vale en relación con la aprobación de los demás y que la propia identidad se basa únicamente en el juicio ajeno.

El deseo de ganar estima y aprecio a través de demostrarse a uno mismo y a los demás, por ejemplo, ser valientes y desenvueltos en condiciones de grave peligro, tiene hoy una amplia difusión, especialmente entre niños y adolescentes, alimentándose de la gran presencia de las redes sociales. Los llamados desafíos, las pruebas en línea que llenan la red, pretenden prometer y producir una popularidad y visibilidad sin igual en la vida real.

Así, los jóvenes se graban o se dejan grabar mientras se someten a pruebas extremas con un éxito improbable. Si resistir a una súbita ducha de agua helada —como el *Ice Bucket Challenge* iniciado en 2014—, puede parecer incluso divertido. Pero la tristemente célebre *Blue Whale* —un desafío de cincuenta días de pruebas dolorosas y autolesivas que han llevado a algunos incluso al suicidio— es solo una de las trágicas evidencias de ese abismo antiguo que sigue tragándose la vida: el anhelo de demostrar que se existe, que se vale, que se es mejor que los demás, que se gusta para merecer amor.

Don

En cambio, en el *Cantar de los Cantares* resuena dulce y, al mismo tiempo asertiva, la expresión puesta en los labios del cantor sagrado: «Si un hombre entregase toda su fortuna a cambio del amor, solo conseguiría desprecio» (Cant 8,7). El amor no se compra, no se puede adquirir, no se mercadea; es gratuito por definición, es un regalo que prescinde de méritos, de riquezas y de pobreza, de conquistas y pérdidas, de quién eres y de cuánto vales. El amor no se merece, se recibe y se da, simplemente, sin interés.

Para el Evangelio, a diferencia de lo que solemos pensar, el mundo no está dividido en buenos y malos, hábiles e incapaces, valientes y pusilánimes, sino que está habitado por hijos de Dios, por hermanos y hermanas, todos invitados a participar en la alegría del Señor (cf. Mt 25, 23): «El mundo todavía no lo sabe, pero todos están invitados al banquete de bodas del Cordero (Ap 19, 9). Nadie se ganó el puesto en esa Cena, todos fueron invitados, o, mejor dicho, atraídos por el deseo ardiente que Jesús tiene de comer esa Pascua con ellos» (cf. Francisco*, Desiderio desideravi*, 4-5).

Es por esto por lo que todos pueden entrar en la iglesia y participar en la celebración de la eucaristía: la entrada es libre, no está reservada para los *sin pecados*, los puros, aquellos que son dignos o que creen serlo engañándose a sí mismos. La celebración de la misa está abierta: allí hay una comunidad

que se reúne, que escucha juntos la Palabra de Dios, que ora e intercede teniendo en cuenta todas las necesidades del mundo y de la Iglesia para presentarlas al Señor.

En la celebración hay espacio para la reconciliación entre hermanos y hermanas, hay un tiempo para pedir perdón y un tiempo para perdonarse mutuamente, para rezar juntos el Padrenuestro, la oración que el Señor Jesús nos enseñó y se nos invita a recibir la comunión: compartir el único Cuerpo de Cristo. Todos nosotros «nacemos de un acto de amor, vivimos para amar y ser amados» (venerable Chiara Corbella) y en la eucaristía, la Iglesia celebra el amor de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es para todos y para cada uno. Cada palabra, cada oración, cada intención expresada durante la liturgia eucarística son signos y ecos de este amor y buscan preparar nuestra mirada a la contemplación de ese acto de amor que nos hizo nacer y nos hace renacer cada día: la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús por nosotros. La celebración eucarística es *simplemente* esto, donde *simple* no significa banal, sino esencial.

CAPÍTULO 3

HAMBRE

¿Qué quiere decir exactamente vivir,
morir, crecer y cambiar?
Siempre tengo hambre.
Me lo dices casi siempre,
Pienso demasiado, no puedo evitarlo.
¿Qué es concretamente la vida, la muerte,
el tiempo y la felicidad?
Siempre tengo hambre.
Hambre es el miedo al futuro.
Hambre es cuando ya no estás seguro.
Hambre es la voluntad de sentirme vivo.
Hambre es la sorpresa de que todo va mejor.
Siempre tengo hambre.
Yo siempre tengo hambre,
Sí, siempre tengo hambre.
(Street Clerks, Canción «Ho fame», 2019)

Han pasado ya muchos años desde que más de un millón de jóvenes participaron en la Jornada Mundial de la Juventud en el año jubilar 2000. En Roma escucharon de la voz temblorosa, pero potente de San Juan Pablo II, estas palabras de extraordinaria luz y belleza: «En realidad, es a Jesús a quien buscas cuando sueñas la felicidad; es Él quien te espera cuando no te satisface nada de lo que encuentras; es Él la belleza que tanto te atrae; es Él quien te provoca con esa sed de radicalidad que no te permite dejaros llevar del conformismo; es Él quien te empuja a dejar las máscaras que falsean la vida; es Él quien te lee en el corazón las decisiones más auténticas que otros querrían sofocar. Es Jesús el

que suscita en ustedes, el deseo de hacer de su vida algo grande, la voluntad de seguir un ideal, el rechazo a dejarse atrapar por la mediocridad, la valentía de comprometerse con humildad y perseverancia para mejorarse a vosotros mismos y a la sociedad, haciéndola más humana y fraterna» (*Vigilia de oración XV Jornada Mundial de la Juventud,* 19 de agosto de 2000).

Estas palabras tan significativas, afirmadas por la convicción y firmeza de un hombre ya debilitado por la edad y la salud frágil, tienen el sabor de la autenticidad y continúan revelándonos lo que realmente habita profundamente en nosotros: el deseo de felicidad, de plenitud.

Deseos

La vida misma demanda fecundidad, se abre al futuro, nos impulsa día tras día a invertir energías y recursos para llevar belleza y bondad. Incluso las filas de personas, más o menos adultas, que ya se forman durante la noche en la entrada de las tiendas que prometen la venta del último modelo de zapatos o de celular, de alguna manera lo confirman: nuestros deseos tienen el poder de movilizarnos, de hacernos realizar cosas impensadas; nuestra hambre nos atrae hacia lo que anhelamos y estamos dispuestos a gastar energías, tiempo y dinero para saciarla. O al menos eso creemos.

A menudo, el hambre que imaginamos saciar persiste; ese objeto que creemos capaz de satisfacernos no tiene ese poder y resulta efímero, verdaderamente poco nutritivo, quizás capaz de amplificar aún más nuestra frustración. Si no nos cuesta reconocerlo como un ídolo, aprendemos que, como todos los ídolos, promete lo que no cumple. ¿Por qué? La pregunta eterna nos sorprende, formulada por el profeta Isaías: «¿Por qué gastan dinero en lo que no alimenta y su salario en lo que no da satisfacción?» (Is 55,2).

Entrar en contacto con los deseos auténticos del corazón no es tan simple; es difícil saber realmente lo que queremos y actuar en consecuencia, movernos en la dirección correcta para alcanzarlo. Puede parecer extraño, pero

lo que sacia nuestra vida —nos enseña San Juan Pablo II— «¡es Jesús!». «La felicidad que buscan», enfatiza Benedicto XVI a los jóvenes reunidos en Colonia para la Jornada Mundial de la Juventud, «la felicidad que tienen derecho de saborear tiene un nombre, un rostro: el de Jesús de Nazaret, oculto en la Eucaristía. Sólo Él da plenitud de vida a la humanidad» (Benedicto XVI, *Discurso en la Fiesta de Bienvenida en el Muelle del Rheinwiese*, Colonia, 18 de agosto de 2005).

El verdadero animador de nuestros pensamientos buenos, productivos y portadores de vida es el Señor; Él es la fuente, el camino y la meta de nuestros deseos (cf. Jn 14,5). Es a Él a quien buscamos, aunque a menudo sea inconscientemente, en los movimientos más íntimos del corazón. Paradójicamente, incluso en el pecado buscamos la felicidad, aunque sea el lugar equivocado, como un disparo de flecha que no alcanza el blanco. San Agustín lo enseña muy bien con la búsqueda de la verdad en su vida: «Buscándote a ti, Dios mío, busco la felicidad de la vida. Te buscaré para que mi alma viva. Mi cuerpo vive de mi alma y mi alma vive de ti» (S. Agustín, *Confesiones*, X, 20, 29). También el Catecismo de la Iglesia Católica nos regala esta hermosa enseñanza: «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar» (Catecismo de la Iglesia Católica, 27).

Pero ¿lo creemos? Y si fuera cierto, ¿cuál sería el camino para seguir? ¿A dónde ir para saciar ese deseo tan arraigado en nosotros? Abraham, Moisés, David... María, José... Pedro, Pablo, Agustín, Francisco, Teresa de Calcuta, Juan Pablo II, Chiara Corbella, Carlo Acutis... ¿Dónde encontraron a ese Dios que cambió sus vidas y que, junto con ellos, pudo transformar no solo sus vidas, sino también la historia? ¿Dónde sino en la vida misma y en la realidad, en esa cotidianidad nunca banal, en la cual se dejaron perturbar por Otro que luego reconocieron y llamaron por su nombre: «¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28)?

Banquete

Cada celebración eucarística es una oportunidad para tejer de nuevo nuestra relación con el Señor, que se desarrolla completamente en la realidad, manifestando el verdadero sentido de la Encarnación: Dios eligió esta carne, vivió en la historia, vive y actúa en la historia y viene hoy a hablar conmigo. Cada vez que participamos en la santa misa le ponemos nombre a nuestra hambre para finalmente verla reconocida y acogida: tenemos hambre de palabras buenas, de sentido y significado, de vida eterna. Estamos hambrientos, ansiosos de relaciones auténticas y vitales de alguien que realmente se preocupe por nosotros, de alguien que realmente nos tenga en el corazón. «Esto hace Jesús, que viene a nuestro encuentro con dulzura, en la asombrosa fragilidad de una Hostia. Esto hace Jesús, que es Pan partido para romper las corazas de nuestro egoísmo. Esto hace Jesús, que se da a sí mismo para indicarnos que sólo abriéndonos nos liberamos de los bloqueos interiores, de la parálisis del corazón. El Señor, que se nos ofrece en la sencillez del pan, nos invita también a no malgastar nuestras vidas buscando mil cosas inútiles que crean dependencia y dejan vacío nuestro interior. La Eucaristía quita en nosotros el hambre por las cosas y enciende el deseo de servir» (Francisco, *Homilía en la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo*, 14 de junio de 2020).

La santa misa se asemeja a un banquete al que estamos invitados, por eso se llama *convite*: una *mesa* a la que podemos acercarnos precisamente porque necesitamos buena comida. Se prepara la mesa de la Palabra, para satisfacer nuestra necesidad de ser guiados y acompañados en el camino de la vida; se sirve la mesa del cuerpo del Señor, para alimentar el deseo más íntimo de entrar en comunión con Él, de formar en Él un solo cuerpo con todos los que comen ese único Pan partido (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1329). Pero ten cuidado de no olvidar que «antes de nuestra respuesta a su invitación –mucho antes– está su deseo de nosotros: puede que ni siquiera seamos

conscientes de ello, pero cada vez que vamos a misa, el motivo principal es porque nos atrae el deseo que Él tiene de nosotros» (Francisco, *Desiderio desideravi*, 6). ¡El Señor está allí esperándote, en cada celebración se manifiesta el encuentro de dos deseos!

CAPÍTULO 4

SEMILLA

Este relato comienza contigo,
Contigo sentada entre mis palabras.
Hay un puesto que tengo escondido para ti,
Un puesto que está aquí desde siempre,
Ya estaba antes de mí y aún está,
Se abre ahora para nosotros eternamente.
(Francesco Gabbani, Canción
«Eternamente ora», 2016)

Cuando era niña, mi parte favorita de la misa era justo después del inicio, cuando todos nos sentábamos y alguien iba a leer. Sentada, podía relajarme y dejar vagar mis pensamientos durante un tiempo más o menos largo, dependiendo de las lecturas que a menudo no me interesaban y no entendía debido a todos esos nombres desconocidos y esas frases difíciles... Además, me habían enseñado que en ese momento debíamos callar, ¡Debíamos hacerlo durante todo el tiempo de la misa! Y hoy pienso que, con toda probabilidad, si en ese entonces ya existieran los teléfonos inteligentes, habría sido una asidua usuaria en esos momentos que para mí eran tan aburridos.

Sin embargo, todo cambiaba, cuando el sacerdote se ponía de pie con la asamblea para leer y escuchar el Evangelio. Eso me gustaba, sus relatos eran interesantes, envolventes, a veces extraños, provocadores, pero me parecían autoritarios y simples al mismo tiempo, lo suficiente como para merecer mi confianza.

La historia de Jesús me fascinaba e intrigaba. Fácilmente imaginaba las situaciones narradas, las escenas descritas por Jesús en las parábolas que inventaba, los personajes involucrados y

los lugares, los paisajes de esos lugares tan lejanos y, aún así, tan cercanos. Y luego... ese decir, por parte del Señor, las cosas correctas en el momento adecuado, ¡me entusiasmaba! Además, me gustaba mucho la lectura del Evangelio en el Domingo de Ramos. El pasaje era largo, proclamado con varias voces y con mucha solemnidad. Entendía que ese domingo era diferente a todos los demás; sentía que el Evangelio me llegaba como una narración viva, llena de emociones, dramas y giros inesperados. Pero aún no era capaz de profundizar ni de ahondar a través de la Escritura para escuchar la Palabra.

Una tarde, un compañero de clase, sabiendo que asistía a la parroquia, ironizando, me dijo: «¿Pero tú vas a la iglesia y realmente crees que todos nacimos de Adán y Eva?». Esa pregunta —la recuerdo vívidamente hasta el día de hoy—, ¡finalmente me puso en crisis!

¿Por qué leemos la Biblia durante la misa? ¿Las Escrituras narran hechos históricos? ¿Por qué después de escuchar las lecturas respondemos: «Demos gracias a Dios» si no creemos en sus relatos y sospechamos que lo que hemos leído es falso? Sí, ese compañero tenía razón y su razón sigue siendo válida: leer y escuchar la Palabra de Dios debe impactar en nuestra existencia concreta. De hecho, si Dios habla a través de ella, necesariamente debe tener algo que decir no solo y no tanto sobre la humanidad en general, sino sobre mí, sobre mi vida, sobre el presente —no solo sobre el pasado— y sobre el futuro. Sobre todo, debe decir la verdad, lo que vale para la vida.

Nuestra forma de pensamiento occidental a menudo nos hace creer que una historia es verdadera solo si se cuenta en el lenguaje de la crónica; que una realidad es verdadera solo si es medible y repetible. Pensamos que el resto debe ser catalogado como fábulas o cuentos de fantasía que consideramos que no tienen nada que ver con la realidad de las cosas. Esta creencia puede impedir que tengamos fe en el narrador bíblico y que entremos en contacto con la sabiduría de la narración.

El texto que la Iglesia nos entrega es una obra compleja que se formó en poco menos de un milenio y está compuesto por setenta y tres libros —cuarenta y

seis del Antiguo Testamento y veintisiete del Nuevo— que cuentan con más de treinta y un mil versículos, más de setecientas mil palabras y, sin embargo, se puede considerar como un solo libro.

Tejido

Al leer y escuchar las Escrituras, descubrimos muchos hilos que tejen una trama a lo largo de los milenios, en culturas diferentes, en tiempos históricos y lugares geográficos distintos, pero que cuentan, a través de los textos, la historia de Dios con los hombres. *Texto* proviene de «tejer, tejido, entrelazado»: a través de estos textos podemos descubrir el entrelazado entre la vida de Dios y la vida de los hombres. Por lo tanto, la Biblia también puede ser reconocida como la historia de una relación entre un pueblo y su Dios, una historia contada de mil maneras diferentes, ya sea a través de hechos de crónica, pero también mediante poesías, cantos, lamentos, parábolas y semejanzas.

Durante la celebración eucarística, escuchamos relatos, experiencias, hechos e historias de vidas que se han entrelazado con Dios. Por esta razón, la Escritura debe leerse junto con nuestra vida, debe hablar a nuestra vida, porque proviene de la vida misma de Dios. De hecho, la Biblia no explica una teoría sobre Dios, no es un discurso edificante, no viene de lo alto sino de lo bajo, de la tierra, de la carne y de la sangre, del sudor, del esfuerzo, de la lucha, de las contradicciones de la historia, de las heridas, de las alegrías y de los logros alcanzados, de la pasión por generar, simplemente, de aquellos que han encontrado a Dios.

Esto lo enseña el Catecismo de la Iglesia Católica cuando nos recuerda que «la Fe cristiana no es una "religión del Libro". El cristianismo es la religión de la "Palabra" de Dios, "no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo" […] En la sagrada Escritura, Dios habla al hombre a la manera de los hombres. (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 108-109). «En

la composición de los libros sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos; de este modo, obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería» (*Dei Verbum,* 11).

Tierra

Nada es extraño en esto, Dios siempre ha actuado así: tomó polvo y creó al hombre y en ese barro sopló su Espíritu dándole vida. De la misma manera, el Espíritu descendió en el corazón de los autores de las Escrituras para que escribieran lo que fuera útil para nuestra salvación. No podría ser de otra manera; Dios nunca borra nuestra carne, no prescinde de nuestra humanidad. La Palabra de Dios viene desde abajo, porque el sueño de Dios siempre ha involucrado la tierra, la historia, cada persona, y porque en la plenitud del tiempo, Él mismo decidió hacerse hombre. Por esto, cuando leemos la Escritura, podemos sentirla vibrar en nosotros y por eso es tan importante proclamarla y escucharla en la celebración de la misa: Dios se ha revelado a alguien, a Moisés, a los Profetas, a los evangelistas... podemos aprender su lenguaje, podemos conocerlo, podemos relacionarnos con Él como con un amigo (cf. *Dei verbum*, 2), con quien disfrutar, discutir, llorar, reír, sufrir, soñar, luchar, amar.

Cuando Jesús habla de la Palabra de Dios, la describe como una semilla: «¡Escuchen! Un sembrador salió a sembrar. El sembrador siembra la Palabra» (Mc 4, 3.14), como una semilla arrojada en la tierra de nuestra vida que, para dar fruto, debe hundirse en lo más profundo de nuestro corazón, en lo más profundo de nuestra persona. Antiguamente, la semilla se arrojaba sobre la tierra y solo después el arado, tirado por bueyes, la volteaba, y en su trabajo, los propios animales pisoteaban la semilla en lo profundo. La obra de Dios es así: siembra en la tierra de nuestra vida y la trabaja con los hechos de la historia para que la semilla se hunda, para permitirle pudrirse,

transformarse, generar otra vida. Claro, cada buen agricultor se preocupa por su siembra, y nosotros tenemos fe en que, si dejamos a Dios su trabajo de sembrador, Él mismo, con su Espíritu, se encargará de que esta semilla dé fruto, junto con nuestra paciencia, cuidado y muchas veces esfuerzo.

Sin embargo, el secreto es confiar en la semilla, dar crédito a la Palabra de Dios, escucharla, recibirla en el campo de nuestra vida, incluso cuando no la entendemos completamente, dejarla actuar y descender en lo profundo para que madure desde allí.

CAPÍTULO 5

TRAICIÓN

Y tal vez nos perdimos en la traducción,
Tal vez pedí demasiado,
Pero tal vez esto fue una obra maestra.
Hasta que lo rompiste todo,
Corriendo asustado, yo estaba allí,
Lo recuerdo demasiado bien,
Y me llamas de nuevo.
(Taylor Swift, Canción «All too well», 2012)

«Sobre todas las demás, mal creada plebe/que ocupas el sitio del que es duro hablar,/mejor hubieran sido aquí cabras u ovejas» (Dante Alighieri, *Infierno*, XXXII). Dante Alighieri, en su viaje acompañado por Virgilio, se encuentra y reconoce, en el último círculo del Infierno, en el punto más bajo y terrible, a aquellos que han sido «fraudulentos contra aquellos que confían»: los traidores. Su castigo es quedar atrapados en un lago de hielo, en cuyo centro, hasta la cintura, está inmerso incluso Lucifer, que con sus tres cabezas devora a tres traidores destacados: Bruto, Casio y Judas Iscariote. Según la conocida ley del contrapaso, el hielo que los condena es el mismo hielo, opuesto al fuego del amor caritativo, que reinó en sus corazones en el acto de la traición.

El término *tradire* encuentra su raíz en el verbo latino *tradere*, compuesto por *tra-* como «más allá» y *dare*, con el significado de *entregar* –propia y literalmente, «entregar al enemigo»– y, en su sentido amplio, de «falta de lealtad». En términos analógicos, la traición se relaciona con la delación, la negación y la abjuración, pero también con el adulterio, la mentira y a menudo con la envidia, el engaño y el fraude.

En las relaciones amorosas, en la amistad o en cualquier afecto, la traición marca un punto de no retorno; actúa como una línea divisoria entre un antes y un después, entre lo que existía y lo que ya no está o que, de todas formas, será difícil restablecer. Mientras ocurre en el secreto, a veces solo en los pensamientos del corazón, la traición se alimenta de mentiras e hipocresía, pero cuando se manifiesta enciende el dolor y hace resonar los registros más oscuros de la ira, la frustración, la amargura, la decepción y el desprecio, provoca distancia y desencadena una crisis, literalmente, «un proceso de juicio», que la mayoría de las veces resulta implacable hacia el traidor.

Transformación

El momento en la misa en el que el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús, llamado consagración, comienza con las palabras «en la noche en que iba a ser entregado...» (*Misal Romano*, Plegaria Eucarística III; cf. 1 Cor 11, 23). Esta frase evoca la noche en que Jesús fue traicionado por Judas y arrestado. En un momento de desgracia y amargura, Jesús traicionado, en lugar de retirarse o vengarse, decide amar y entregarse a través de la eucaristía.

En el monasterio en el que vivo, hay un cuadro muy grande, una pintura al óleo sobre lienzo —para ser honesta, no me atrevo a llamarlo una obra maestra—, está colgado junto a una puerta por la cual las monjas solemos pasar para regresar a nuestras celdas después de la oración de Completas. Puedo decir que es la última imagen que veo antes de irme a dormir. En los primeros años en los que vivía en el monasterio, y durante mucho tiempo, me molestaba no solo por su crudeza, sino también porque no entendía su significado.

Se trata de una representación sumamente dramática en la que Jesús está pintado tendido sobre un torniquete, como en una prensa gigante. En la parte

de arriba, hay dos ángeles dispuestos a activar el mecanismo para presionar el cuerpo de Jesús. La sangre que proviene de esta presión se recoge abajo, en un gran cáliz. Los colores son intencionalmente oscuros y comunican gran tristeza; los rostros están tristes hasta las lágrimas. Con algunos años de retraso, descubrí que se trata del llamado *Torculus Christi* o «Lagar místico», una de las imágenes más vívidas que el arte figurativo devocional ha desarrollado, especialmente en el tardomedievo y, sobre todo, en los siglos XIV y XVII. El impacto de esta imagen no es menos fuerte que el de la crucifixión y, a pesar de no tener un fundamento directo en los Evangelios, tiene, en mi opinión, un fuerte significado simbólico y mistagógico para acceder al misterio de Cristo y también al misterio que es nuestra vida. La historia que esta imagen revela a aquellos que la observan, o bien, a aquellos que no pueden evitar mirarla y se dejan contemplar, plantea una pregunta seria: ¿qué sucede cuando estamos presionados u oprimidos por lo que vivimos? Cuando somos aplastados por la cruz o las cruces de la vida, ¿qué brota de nosotros: buen vino que da vida o veneno que la quita?

Jesús

Solo Jesús es ese fruto que, prensado en el lagar, exprimido por la traición de los amigos, apretado por la benevolente voluntad de vencer al verdadero enemigo, el mal, produce dulzura y amor. Sobre este fruto, San Agustín exclama: «El primer racimo de uvas presionado en el lagar es Cristo. ¡Cuando ese racimo fue exprimido en la pasión, de ahí brotó ese vino cuya copa embriagadora es tan excelente!» (cf. San Agustín, *Exposición sobre los Salmos*, 55).

Así que, en la noche en que fue traicionado, Jesús dio lo mejor de sí mismo, dio todo de sí mismo, su cuerpo, su vida, lo que ofreció de sí mismo, nadie se lo quita (cf. Jn 10,17-18). El traidor parece casi no tener culpa: es Jesús quien se deja traicionar, entregándose (cf. Jn 18,8). Cada domingo,

cada vez que se celebra la eucaristía, la liturgia nos lleva a esa noche, nos lleva allí donde quizás no querríamos ir, a esa oscuridad que se reveló como verdadera tiniebla de la cual surgió la verdadera luz. Y nosotros asistimos en silencio y llenos de gratitud a la transformación que Jesús mismo ha realizado y continúa realizando, al maravilloso cambio de un pecado en un regalo, de un dolor en una oportunidad, de un acto de odio y enemistad en un acto de amor.

CAPÍTULO 6

TATUAJES

Es eterna la carretera que lleva a ti en estos
discursos nuestros.
El abrazo de un hijo al padre por todos sus esfuerzos.
Es eterna la vida si consigues entenderla.
No te pido amarla, sino conseguir sentirla.
Es eterno un muchacho que sueña con los ojos llorosos.
Tu voz por la mañana que anula las pesadillas
y los años pasados.
Es eterno todo lo que tú consigues darle un sentido.
En el fondo, la eternidad para mí eres tú.
(Fabrizio Moro, Canción «L'eternità», 2018)

«If you fall, get up stronger [Si caes, levántate más fuerte]»: es el primer tatuaje que mi sobrina, al superar la mayoría de edad, quiso plasmar en su propia piel para siempre. A este le siguieron otros, vinculados a eventos importantes de su vida, eventos que quiso fijar en la memoria, incluso en su cuerpo, para que fueran indelebles.

La palabra *tatuaje* proviene del polinesio *tattaw*, que significa «grabar», «decorar». Este es un fenómeno intergeneracional que tiene los más variados significados culturales colectivos y, al mismo tiempo, muy personales. Tatuarse en la piel las «cosas» importantes de la vida es una práctica que ha perdurado durante milenios y ha atravesado, en diferentes épocas, todas las culturas del planeta. Se cree que los tatuajes más antiguos del mundo se encontraron en el cuerpo de dos momias egipcias, una mujer y un hombre, que vivieron hace más de 5.000 años.

El estudio sobre este tema es amplio e interesante y, curiosamente, algo de esta reflexión puede ayudarnos a comprender el misterio de la eucaristía. Todavía recuerdo esos chicles que un vendedor de dulces nos regalaba a los niños: estaban envueltos en un papel muy delgado que, una vez mojado y colocado sobre la piel, tatuaba una imagen coloreada que, lamentablemente, se desvanecía después de un tiempo, pues era solo temporal. Nos sentíamos como imitadores de los piratas de los cuentos o esos raros adultos transgresores que se podían encontrar con dibujos en el brazo o en la espalda; traicionaba nuestra necesidad infantil de llamar la atención; era divertido, pero no duraba.

Hoy en día, el tatuaje se ha vuelto algo serio, simbólico y casi necesario para expresar —según la moda imperante— algo sobre uno mismo. Aunque las técnicas para eliminar tatuajes no deseados se están perfeccionando cada vez más, el carácter permanente del diseño o lema impreso en la piel es lo que más fascina del tatuaje.

Para siempre

Ese «para siempre» que algunos oradores de nuestro tiempo declaran como terminado, esa estabilidad, que parece marginada de nuestro sentir compartido, resulta ser en realidad una necesidad esperada, profunda y que forma parte de la identidad de cada persona. En el fondo, todos anhelamos un «para siempre», algo o —mejor dicho— alguien permanente, definitivo, indeleble que nos acompañe toda la vida, alguien a quien entregarle definitivamente nuestra propia vida.

Cuando nace una amistad, la imaginamos como compañera para siempre; si hay amor, lo queremos para siempre y tratamos de expresarlo de todas las formas posibles, incluso llegando a tatuarnos el nombre o las iniciales del ser amado en el cuerpo, como si quisiéramos afirmar la inseparabilidad de los elementos, entregando al menos un pedazo de nosotros mismos, unos centímetros cuadrados de piel a quien amamos más.

Tan significativo en términos de duradero y estable —al menos en el deseo—, es el candado que las parejas de adolescentes, e incluso de menos jóvenes, sellan en las barandas de los ríos de todas las ciudades, arrojando la llave al agua para decir que «nada los separará». Sin duda es un gesto romántico y sincero. Tal vez después no corresponda a la verdad que la vida irá revelando a los dos enamorados, pero ciertamente muestra los rasgos del deseo más auténtico de ese «quedarse» que es sinónimo de amar. Y Jesús se queda. Ha elegido quedarse porque ama. Para siempre, «todos los días, hasta el fin de los tiempos» (Mateo 28,20).

Nuestro tiempo sufre gravemente de una inestabilidad insana. Ha sido llamado «sísmico», un tiempo donde todo se derrumba debido a los movimientos que lo sacuden y que impiden —especialmente a los más jóvenes, pero no solo a ellos— creer que hay algo o alguien en quien confiar, alguien que permanezca en pie y que acompañe fielmente el camino de la vida.

Pensando incluso solo en eventos recientes (la pandemia, las guerras, la crisis climática y energética, el colapso económico global, los repetidos estancamientos de los sistemas democráticos), nos damos cuenta claramente de que el equilibrio dinámico —producido por el fluir del tiempo y la evolución cultural progresiva de la humanidad, al que estábamos acostumbrados, al menos en Occidente— se ha interrumpido, provocando desorientación y desconfianza. Patologías como los trastornos de ansiedad, trastornos alimentarios o la depresión llenan las consultas médicas de hombres y mujeres de todas las edades. Las redes sociales están inundadas por la presencia de personas, más o menos competentes, que ofrecen consejos de todo tipo, desde cocina hasta moda, desde prácticas de relajación hasta esoterismo. Según el *Osservatorio Antiplagio*, alrededor de 13 millones de italianos recurren a más de 150 mil magos y, en Italia, el volumen de negocios anual de curanderos, brujos y hechiceros, «delincuentes y contrabandistas de verdades», como los define el papa Francisco (Francisco, *Homilía de la misa en Santa Marta en el Vaticano*, 18 de abril de 2016), se estima en 4.5 mil millones de euros.

Permanecer

Pero los datos son solo un síntoma, son un indicio de algo que se está manifestando y revelan una fatiga más profunda: todos estamos buscando a alguien en quien confiar, digno de ser creído, alguien confiable que valga la pena esperar. El Evangelio nos muestra que el rostro de Dios en su Hijo Jesús es confiable y creíble. Él, capaz de amar primero y de permanecer en el amor, sin abandonar o traicionar, sin perder a ninguno de los suyos, que somos nosotros.

A Abraham, a Jacob, a Moisés, a los profetas... a su pueblo, Dios le había prometido: «¡Yo estaré contigo!» (cf. Ex 3,12) y, cumpliendo su Palabra al enviar a su Hijo al mundo, hace que su ángel diga: «Le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: "Dios con nosotros"» (Mateo 1,23). Y, como si la Encarnación no fuera suficiente, sino que debiera alcanzar su cúspide, el Señor «quiso llegar a nuestra intimidad a través de un pedazo de materia; no desde arriba, sino desde adentro, para que en nuestro propio mundo pudiéramos encontrarlo a Él» (Francisco, *Laudato si'*, 236), realmente presente en la Eucaristía. Esta presencia constante, madura y confiable nos es dada en el «misterio eucarístico», teniendo en cuenta lo que hemos dicho sobre la imposibilidad de capturar con nuestra inteligencia todo lo que este Misterio de presencia expresa.

Pero no nos desanimemos: «Cuántos teólogos lo saben todo sobre dicho misterio, pero no conocen la presencia real. Porque, en sentido bíblico, uno «conoce» algo sólo si lo experimenta. Conoce verdaderamente el fuego sólo quien, al menos una vez, ha sido alcanzado por una llama y ha tenido que echarse atrás rápidamente para no quemarse. San Gregorio de Nisa nos dejó una expresión estupenda para indicar este nivel más alto de fe; habla de "un sentimiento de presencia" que se tiene cuando alguien es atrapado por la presencia de Dios y tiene una cierta percepción (no sólo una idea) de que Él está presente. No se trata de una percepción natural; es fruto de una gracia

que opera como una ruptura de nivel, un salto de cualidad. Hay una analogía muy importante con lo que ocurría cuando, después de la resurrección, Jesús se dejaba reconocer por alguien. Era algo imprevisto que, de repente, cambiaba por completo el estado de una persona. Algo parecido tiene lugar el día en que un cristiano, después de haber recibido tantas y tantas veces a Jesús en la eucaristía, finalmente, por un don de la gracia, lo "reconoce". De la fe y del "sentimiento" de la presencia real, debe florecer espontáneamente la reverencia y, más aún, la ternura hacia Jesús sacramentado. Es éste un sentimiento tan delicado y personal que sólo con hablar de él se corre el riesgo de estropearlo» (Raniero Cantalamessa, *Cuarta predicación de Cuaresma*, 2022).

Es precisamente por esto que el sacerdote, después de invocar al Espíritu Santo y pronunciar las palabras de consagración, exclama: «¡Misterio de nuestra fe!».

Celebrar la eucaristía es recordar, agradecer, disfrutar de este misterio de amor que se nos regala; celebrarlo cada domingo —o tal vez a diario— es extraer de él nuevas energías para poder aprender también nosotros a amar así cada día de nuestra vida.

CAPÍTULO 7

PAN

Tú, tú llevas la vida
Hacia una respuesta
Solo llevándola hacia
Sí misma e incluso
Tú, tú llevas un hermoso cuadro
A ser una obra maestra
Y la roca del campo,
a convertirse en oro,
Solo porque,
Simplemente porque la llevas tú.
(Ultimo, Canción «7+3», 2021)

«En aquella época el emperador Augusto publicó un decreto ordenando que se hiciera un censo del mundo entero. Este primer censo se realizó cuando Quirino era gobernador de Siria. Entonces todos fueron a inscribirse, cada uno a su ciudad de origen. José, que era de la familia y del linaje de David, fue de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, a inscribirse, junto con María, su esposa, que estaba embarazada. Y ocurrió que mientras estaban allí, a ella le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la habitación» (Lc 2, 1-7).

Todo comenzó en Belén: María coloca al niño Jesús en un pesebre, en el lugar donde los animales encuentran comida y se acercan para alimentarse. Belén —en hebreo *beit-leḥem*— literalmente significa «casa del pan».

Este pequeño acaba de nacer y ya huele a pan; es Navidad y ya entrevemos la Pascua. Tal vez sin tener plena conciencia,

María realiza un gesto profético y el relato de Lucas abre nuestra mirada sobre la Eucaristía. Desde el principio, desde esa cuna impro-visada, todo cobra sentido; en la casa del pan, el Pan vivo ha descendido del cielo y se ha hecho visible a los ojos de la madre, de José, de los pastores y de los magos. Ese Buen Pan, a lo largo de los caminos de Galilea y Judea, comenzó a partirse como Palabra fragante que alimenta en el camino, palabra de verdad, como también hemos visto, sobre la cual es posible edificar la propia existencia. Y en esa sala, en el piso de arriba en Jerusalén (cf. Lc 22,12), el Pan reveló toda su bondad, partiendo una vez más de sí mismo y ofreciendo su cuerpo en un supremo gesto de donación. El Pan se convierte en amor, el amor que el hombre necesita absolutamente para comprenderse a sí mismo y el lugar donde encuentra el sentido de la vida. Este es el misterio que la Iglesia celebra en la eucaristía, un misterio frágil como lo es un pedazo de pan: ¡es la fragilidad de la eucaristía!

Fragilidad

Fragilidad, del latín *fragilis*, derivado de *frangere* que significa «romper», es la característica de un objeto o una persona que ofrece poca resistencia al impacto, al daño físico o moral; es aquel que es débil o poco estable. También puede romperse fácilmente lo que está mal construido o un pensamiento poco convincente, falaz e inconsistente. Pero la experiencia también nos enseña que lo que corre el riesgo de romperse fácilmente es lo que necesita ser manejado con más cuidado y aquel que es frágil debe ser protegido y cuidado con mayor atención.

El cardenal Jorge Mario Bergoglio lo enseña de la siguiente manera: «la imagen evangélica que contemplamos es la del Señor que "se hace pedacitos"... de pan y se entrega. En el Pan partido —frágil— se esconde el secreto de la vida. De la vida de cada persona, de cada familia y de la patria entera. ¡Qué curioso! La fragmentación es el peligro que advertimos como

el más grande para nuestra vida social y también para nuestra vida interior. En cambio, en Jesús, este fragmentarse bajo forma de pan tierno es su gesto más vital, más unificante: ¡para darse entero tiene que partirse! En la eucaristía, la fragilidad es fortaleza. Fortaleza del amor que se hace débil para poder ser recibido. Fortaleza del amor que se parte para alimentar y dar vida. Fortaleza del amor que se fragmenta para compartirse solidariamente. ¡Jesús partiendo el pan con sus manos! ¡Jesús dándose en la eucaristía! En esta fragilidad amorosa del Señor hay una buena noticia, un mensaje de esperanza para nosotros. En la cena, con el lavado de los pies y con la eucaristía, quedó claro el mensaje de Alianza: Jesús no quiere ser otra cosa que Pan de Vida para los hombres. Al Señor que se hace pedazos para darse entero a cada uno, le pedimos que nos reconstituya como personas, como Iglesia y como sociedad. Contra la fragmentación que proviene del egoísmo, le pedimos la gracia de la fragilidad amorosa que proviene de la entrega. Contra la fragmentación que nos vuelve miedosos y agresivos, le pedimos la gracia de ser como el pan que se parte para que alcance. Y no sólo para que alcance, sino por la alegría de compartirlo y de intercambiarlo. Contra la fragmentación de estar cada uno aislado y sumido en sus propios intereses, le pedimos la gracia de estar enteros, cada uno en su puesto, luchando por lo de todos, por el bien común. Contra la fragmentación que brota del escepticismo y de la desconfianza, le pedimos al Señor la gracia de la fe y de la esperanza, que nos lleva a gastarnos y desgastarnos confiando en Él y en nuestros hermanos (Jorge Mario Bergoglio, Homilía en la Solemnidad de Corpus Christi, Buenos Aires 19 de junio de 2003).

Comunión

La celebración de la eucaristía fomenta la comunión. Es lo que hizo el Señor Jesús, su misión es reunir a un pueblo disperso para hacer de todos un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 2, 42). Tal vez aún no lo hemos apren-

dido, pero nos sentamos y nos reunimos alrededor del altar para aprender a estar cerca unos de otros no solo con el cuerpo, sino también con el corazón. Hermanos y hermanas en quienes fluye la misma sangre que nos ha redimido, la sangre de Cristo, porque participamos en su único Cuerpo que es la Iglesia. Somos miembros los unos de los otros, porque desde el principio la Escritura nos anuncia que «no es bueno que el hombre esté solo» (Gen 2,18) y que «la vida de uno está vinculada a la vida del otro» (Gen 44,30).

«Para que comprendan el sentido de esta frase les voy a poner una imagen sacada de los Padres: supongan un círculo trazado sobre la tierra, es decir, una línea redonda dibujada con un compás, y un centro. Precisamente se llama centro el punto más interior del círculo. Pongan atención con su espíritu a lo que les voy a decir. Imaginen que el círculo es el mundo, el centro Dios y los radios los diferentes caminos o maneras de vivir que tienen los hombres. Cuando los santos, deseando acercarse a Dios, caminan hacia el centro del círculo, cuanto más penetran en el interior, más se acercan los unos a los otros y al mismo tiempo a Dios. Cuanto más se acercan a Dios, tanto más se acercan los unos de los otros y cuanto más se acercan los unos de los otros, más se acercan a Dios. Y ya comprenden que lo mismo ocurre en sentido inverso: cuanto más se aleja uno de Dios para retirarse hacia lo exterior, es evidente que cuando uno se aleja de Dios, más se aleja de los demás y cuanto más se aleja uno de los demás, más se aleja también de Dios. Así es la naturaleza del amor. En la medida en que estamos lejos y que no amamos a Dios, en esa misma medida nos alejamos cada uno del prójimo. Pero si amamos a Dios, nos acercamos a Dios a través del amor hacia Él, estamos en comunión de caridad con el prójimo y estamos unidos al prójimo porque lo estamos de Dios» (Doroteo de Gaza, *Instrucciones*, 78).

CAPÍTULO 8

FISIÓN NUCLEAR

Cuando haces tu mejor esfuerzo,
Pero no tienes éxito;
Cuando obtienes lo que quieres,
Pero no lo que necesitas;
Cuando te sientes tan cansado,
Pero no puedes dormir
Atascado en reversa
Y las lágrimas corren por tu rostro;
Cuando pierdes algo que no puedes reemplazar;
Cuando amas a alguien, pero se desperdicia,
¿Podría ser peor?
Las luces te guiarán a casa
Y encenderán tus huesos
E intentaré repararte.
(Coldplay, Canción «Fix You», 2005)

En los primeros años de la propagación del cristianismo, durante el reinado del emperador Trajano (98-117 d.C.), el obispo de Antioquía, Ignacio (35-107 d.C.), fue arrestado por ser cristiano y llevado prisionero a Roma para enfrentar la condena a las bestias y ser despedazado en el circo. Eusebio de Cesarea, obispo y escritor en la época de Constantino (siglo IV), en su *Historia Eclesiástica*, recoge los textos de siete cartas escritas por Ignacio durante su prisión en el viaje que lo llevaría al martirio. Entre ellas, la apasionada carta dirigida a la comunidad cristiana de Éfeso, una ciudad en la costa de la actual Turquía, nos entrega una de las expresiones más elocuentes y cargadas de significado sobre ese único Pan partido que es la

eucaristía. Ignacio la describe así: «medicina de inmortalidad, antídoto para no morir y vivir en Cristo para siempre» (Ignacio de Antioquía*, Epístola a los Efesios*, 20, 2).

Los expertos en los principios de la farmacodinámica podrían explicar mucho mejor qué sucede en el organismo al ingerir un medicamento beneficioso. Nosotros, de manera extremadamente simplificada, recordamos de las lecciones de química. En nuestras células se activan receptores, proteínas, que capturan el principio activo introducido por el medicamento y lo introducen en el organismo para que pueda llevar a cabo su acción beneficiosa. Si la eucaristía —según la buena intuición de Ignacio— es similar a un medicamento, el principio activo es Jesús y su vida que se une a nuestro receptor más profundo, a ese deseo de vida que está oculto en lo más profundo de nuestra persona y que el Espíritu mismo ha encendido en nosotros, lo potencia, lo hace crecer y le otorga energía.

Desde los Padres de la Iglesia hasta los de hoy, la reflexión y la catequesis sobre la eucaristía se han hecho más luminosas con imágenes que nos ayudan a quienes escuchamos a entrar cada vez más en el misterio eucarístico que celebramos.

Energía

Son muy sugerentes las palabras que Benedicto XVI dirigió a los jóvenes de todo el mundo reunidos en Colonia en 2005 para la XX Jornada Mundial de la Juventud, durante la santa misa del 21 de agosto. En relación con la Eucaristía, enseña: «¿Cómo Jesús puede repartir su Cuerpo y su Sangre? Haciendo del pan su Cuerpo y del vino su Sangre, anticipa su muerte, la acepta en lo más íntimo y la transforma en una acción de amor. Lo que desde el exterior es violencia brutal —la crucifixión—, desde el interior se transforma en un acto de un amor que se entrega totalmente. Esta es la transformación sustancial que se realizó en el Cenáculo y que estaba destinada a suscitar

un proceso de transformaciones, cuyo último fin es la transformación del mundo hasta que Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15, 28).

Desde siempre todos los hombres esperan en su corazón, de algún modo, un cambio, una transformación del mundo. Este es, ahora, el acto central de transformación capaz de renovar verdaderamente el mundo: la violencia se transforma en amor y, por tanto, la muerte en vida. Dado que este acto convierte la muerte en amor, la muerte como tal está ya, desde su interior, superada; en ella está ya presente la resurrección. La muerte ha sido, por así decir, profundamente herida, tanto que, de ahora en adelante, no puede ser la última palabra. Esta es, por usar una imagen muy conocida para nosotros, la fisión nuclear llevada en lo más íntimo del ser; la victoria del amor sobre el odio, la victoria del amor sobre la muerte. Solamente esta íntima explosión del bien que vence al mal puede suscitar después la cadena de transformaciones que poco a poco cambiarán el mundo. Todos los demás cambios son superficiales y no salvan. Por esto hablamos de redención: lo que desde lo más íntimo era necesario ha sucedido y nosotros podemos entrar en este dinamismo. Jesús puede distribuir su Cuerpo, porque se entrega realmente a sí mismo. Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto, la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros mismos seamos transformados» (Benedicto XVI, *Homilía Viaje apostólico a Colonia con ocasión de la XX Jornada Mundial de la Juventud, Explanada de Marienfeld*, 21 de agosto de 2005).

Misión

Esta brillante analogía dejó una profunda impresión en la memoria de quienes escucharon esa hermosa homilía, imaginando las colisiones entre

átomos y el consiguiente desarrollo creciente de energía. Qué deseo más verdadero no solo para un joven, sino para cada persona, que poder recibir y liberar buena energía. Qué entusiasmo al descubrir la real posibilidad de activar ese núcleo más profundo del alma que es la conciencia espiritual, la morada del Espíritu y el sagrario del alma (cf. GS, 16), donde ocurre el diálogo con Dios, el lugar de elecciones y decisiones, el motor íntimo de la vida y del amor.

El Pan que comemos, la Palabra que escuchamos se asemeja a esa partícula lanzada a gran velocidad, capaz de romper nuestras corazas que nos retienen en nuestra vida para empujarnos a darla, a vivir esa caridad que es la vida de Dios y que, a su vez, se convierte en un detonante para la vida de otros y del mundo entero (cf. Jn 6, 51).

CONCLUSIÓN

Hemos recorrido muchas habitaciones, abierto diversas ventanas, intentando tejer un entramado entre los relatos de la Palabra y la liturgia, así como aquellos de la vida. Ahora, esperamos que haya crecido un poco la confianza de aquellos que han intuido que la mina aún tiene mucho oro y que es muy rica. Sin embargo, es necesario —como para los buscadores de oro— excavar con paciencia, dedicando tiempo y disfrutando de los pequeños o grandes trozos que, antes ocultos, salen a la luz. No todos los días, no siempre. Incluso aquellos que asisten diariamente a la misa no siempre logran reconocer su riqueza, no siempre encuentran una luz brillante. Las relaciones importantes nacen con un entusiasmo creciente, con el descubrimiento de una promesa de amistad y amor, pero crecen en la cotidianidad del estar juntos, donde el amor sedimenta, se solidifica y construye bases sólidas.

El Papa Francisco enseña que: «De domingo a domingo, la Palabra del Resucitado ilumina nuestra existencia queriendo realizar en nosotros aquello para lo que ha sido enviada (cf. Is 55, 10-11). De domingo a domingo, la comunión en el Cuerpo y la Sangre de Cristo quiere hacer también de nuestra vida un sacrificio agradable al Padre, en la comunión fraterna que se transforma en compartir, acoger, servir. De domingo a do-

mingo, la fuerza del Pan partido nos sostiene en el anuncio del Evangelio en el que se manifiesta la autenticidad de nuestra celebración.» (Francisco, *Desiderio desideravi*, 65).

Así que, ¡anímate a probar para creer! Como el apóstol Tomás, intenta superar tus dudas y desconfianzas y siéntate a la mesa de la Eucaristía. Tal vez, a través de los enlaces que te hemos sugerido (las citas de la Escritura, las enseñanzas de los Papas, los textos de las canciones que abrieron cada capítulo), también haya nacido en ti el deseo de leer y profundizar. Sí, porque la Fe también es esto, necesitas alimentarte de la Palabra leída en la Iglesia. Así que, te sugiero la lectura de dos textos que se enriquecen mutuamente. El primero es la exhortación apostólica *Sacramentum caritatis* del papa Benedicto XVI y el otro es la carta encíclica *Laudato si'* del papa Francisco.

Para concluir, una dedicación musical con un texto que me recuerda el saludo de Jesús a sus discípulos y su promesa de quedarse siempre con nosotros, hasta el fin del mundo:

> Cuando tú terminas las palabras
> Estoy aquí,
> Estoy aquí. Tal vez solo necesitas dos:
> Estoy aquí,
> Estoy aquí. Cuando aprendes a sobrevivir
> Y aceptas lo imposible,
> Nadie lo cree, yo sí. No lo sé yo
> Cuál es tu destino,
> Pero si quieres,
> Si me quieres, estoy aquí. Nadie te escucha, pero yo sí. Cuando ya
> no sabes a dónde ir,
> Estoy aquí,
> Estoy aquí. Escapas o levantas barreras,
> Estoy aquí,

Estoy aquí. Cuando ser invisible
Es peor que no vivir,
Nadie te ve,
Yo sí. No lo sé yo
Cuál es tu destino
Pero si quieres, si me quieres,
Estoy aquí. Nadie te ve, pero yo sí. Quien se ama lo sabe,
Necesita encanto y realidad.
A veces basta con lo que hay.
La vida frente a sí mismo. No lo sé yo
Cuál es tu destino,
Pero si quieres,
Si me quieres,
Estoy aquí. Nadie te ve, yo sí. Nadie lo cree, pero yo sí.
(Laura Pausini, *Io sì*, 2020).

La eucaristía es el sacramento de la caridad, «es el don que Jesús hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre» (Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 1), también para ti, que nunca estarás sola, no estarás más solo. ¡En la eucaristía, el Señor está siempre contigo!

CAPÍTULO II
EL SACROSANTO MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

Misterio pascual

47. Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria venidera.

Participación activa de los fieles

48. Por tanto, la Iglesia, con solícito cuidado, procura que los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes; piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador

en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos.

49. Por consiguiente, para que el sacrificio de la misa, aun por la forma de los ritos alcance plena eficacia pastoral, el sacrosanto Concilio, teniendo en cuanta las misas que se celebran con asistencia del pueblo, especialmente los domingos y fiestas de precepto, decreta lo siguiente:

Revisión del Ordinario de la misa

50. Revísese el ordinario de la misa, de modo que se manifieste con mayor claridad el sentido propio de cada una de las partes y su mutua conexión y se haga más fácil la piadosa y activa participación de los fieles.

En consecuencia, simplifíquense los ritos, conservando con cuidado la sustancia; suprímanse aquellas cosas menos útiles que, con el correr del tiempo, se han duplicado o añadido; restablézcanse, en cambio, de acuerdo con la primitiva norma de los Santos Padres, algunas cosas que han desaparecido con el tiempo, según se estime conveniente o necesario.

Mayor riqueza bíblica en el misal

51. A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura.

Se recomienda la homilía

52. Se recomienda encarecidamente, como parte de la misma Liturgia, la homilía, en la cual se exponen durante el ciclo del año litúrgico, a partir de

los textos sagrados, los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana. Más aún, en las misas que se celebran los domingos y fiestas de precepto, con asistencia del pueblo, nunca se omita si no es por causa grave.

«Oración de los fieles»

53. Restablézcase la «oración común» o de los fieles después del evangelio y la homilía, principalmente los domingos y fiestas de precepto, para que con la participación del pueblo se hagan súplicas por la santa Iglesia, por los gobernantes, por los que sufren cualquier necesidad, por todos los hombres y por la salvación del mundo entero.

Lengua vernácula y latín

54. En las misas celebradas con asistencia del pueblo puede darse el lugar debido a la lengua vernácula, principalmente en las lecturas y en la «oración común» y, según las circunstancias del lugar, también en las partes que corresponden al pueblo, a tenor del artículo 36 de esta Constitución.

Procúrese, sin embargo, que los fieles sean capaces también de recitar o cantar juntos en latín las partes del ordinario de la misa que les corresponde.

Si en algún sitio parece oportuno el uso más amplio de la lengua vernácula, cúmplase lo prescrito en el artículo 40 de esta Constitución.

Comunión bajo ambas especies

55. Se recomienda especialmente la participación más perfecta en la misa, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor. Manteniendo firmes los

principios dogmáticos declarados por el Concilio de Trento, la comunión bajo ambas especies puede concederse en los casos que la Sede Apostólica determine, tanto a los clérigos y religiosos como a los laicos, a juicio de los obispos, como, por ejemplo, a los ordenados, en la misa de su sagrada ordenación; a los profesos, en la misa de su profesión religiosa; a los neófitos, en la misa que sigue al bautismo.

Unidad de la misa

56. Las dos partes de que costa la misa, a saber: la liturgia de la Palabra y la eucarística, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto. Por esto el sagrado sínodo exhorta vehemente a los pastores de almas para que en la catequesis instruyan cuidadosamente a los fieles acerca de la participación en toda la misa, sobre todo los domingos y fiestas de precepto.

Concelebración

57. § 1. La concelebración, en la cual se manifiesta apropiadamente la unidad del sacerdocio, se ha practicado hasta ahora en la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente. En consecuencia, el Concilio decidió ampliar la facultad de concelebrar en los casos siguientes:

1° a) El Jueves Santo, tanto en la Misa crismal como en la Misa vespertina.
b) En las misas de los concilios, conferencias episcopales y sínodos.
c) En la misa de la bendición de un abad.

2° Además, con permiso del ordinario, al cual pertenece juzgar de la oportunidad de la concelebración.
a) En las misa conventual y en la misa principal de las iglesias, cuando

la utilidad de los fieles no exija que todos los sacerdotes presentes celebren por separado.

b) En las misas celebradas con ocasión de cualquier clase de reuniones de sacerdotes, lo mismo seculares que religiosos.

§ 2.1° Con todo, corresponde al obispo reglamentar la disciplina de la concelebración en la diócesis.

2° Sin embargo, quede siempre a salvo para cada sacerdote la facultad de celebrar la misa individualmente, pero no al mismo tiempo ni en la misma Iglesia, ni el Jueves de la Cena del Señor.

58. Elabórese el nuevo rito de la concelebración e inclúyase en el Pontifical y en el Misal romanos.

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO